

Cuando todos están en casa

Mañana otoñal. Las olas del mar ya frío golpean la costa, mordiéndola, y lentamente retroceden. La ráfaga de viento dispersa el astringente aroma de la marchitez. En el aire vuelan infinidades de hojas que caen...

Salí de debajo de la frazada y me estiré con satisfacción. Me pareció que ya era tiempo de levantarme y salir a pasear. Hoy está nublado y por eso Borís, seguramente, se irá por el camino más corto del bosque. Pero no importa: también allí conozco muchos lugares bonitos donde es interesante detenerse y mirar alrededor. Por ejemplo, mi pino preferido... Esa especie tiene una suave corteza con dibujos rameados, que da la impresión de que me sonríe. Sólo que desde abajo el tronco recto y alto comienza a cubrirse de moho verde y húmedo. Resulta muy agradable aspirar el aire humedecido por la lluvia, que de modo ameno golpeaba el techo de la casa toda la noche... Allí siempre susurra la hierba marchita, y en la tierra hay muchísimas hojas amarillas y mojadas.

A mí, en general, me gusta pasear por la mañana por ese caminito angosto. En los alrededores hay muchos pinos y pocas plantas de arándano. Éstas son muy desagradables. Después de pasar por lugares donde crecen esas plantas, casi siempre sales de allí con los pies mojados. A mí eso no me gusta. Borís caminaba a la par haciendo llamadas telefónicas. Está ocupado. No tiene

tiempo para atenderme. Bueno, ya que es así, me iré rápidamente a mi preferido lugar. Allí la costa hace un giro brusco, formando un pequeño golfo, donde hay mucha hierba suculenta y juncos. Después de haber llegado en silencio al agua por detrás de los árboles, comencé a inquietar a los cisnes blancos, los cuales con frecuencia vienen aquí para descansar. Largo rato corro a lo largo de la costa tratando de demostrar con todo mi aspecto quién es quién. Bueno, por lo menos este lugar, junto a mi sendero... Los cisnes se retiran hacia un costado, sin ajetreo, sin aleteo, balanceándose suavemente en las olas. Incluso sus largos pescuezos no giraron hacia mi lado. No son como los patos. Estos de inmediato levantan vuelo y se fueron lo más lejos posible. Los cisnes vocean, aletean pero no se van.

Después de restituir la justicia, con sentimiento del deber cumplido, regreso a casa. Borís ya ha preparado la comida y trae los platos a la mesa. Luego de un prolongado paseo con el estómago vacío todos tendrían hambre.

Al sentir la afluencia de alegría, adelantándome a Borís, también me dirigí hacia la mesa. Por cierto echando una mirada para ver si traen precisamente mi plato, o tal vez, hayan cambiado de idea y, peor aún sería que se hayan comido todo solos. Pero por ahora, todo en orden. Comenzamos a comer.

Habitualmente como muy rápido mi porción y espero que Borís recuerde las palabras de cierto doctor y deje la mitad de su desayuno. Espero ese prodigioso instante sentado en el diván, con los pies recogidos y mirando totalmente a otro lado. En el ambiente se siente el aroma de carne cocida y trigo sarraceno. Además, su porción de trigo sarraceno con seguridad tiene bastante sal y suele estar adobada con abundante aceite de oliva, lo cual hace que sea no sólo una simple papilla. La cantidad de lo comido por Borís aumenta, y lo que queda en su plato, para mi desgracia, inevitablemente disminuye.

Se me ocurrió recordarle de alguna manera de mi presencia. Golpeteando ligeramente por la mesa, me puse a cantar algo de lo que le irritaba a Borís. Yo sabía perfectamente qué no le gustaba, qué no soportaba y siempre después comenzaba a regañar. ¡El efecto era nulo! La cosa se ponía mal. Habrá que tener una injerencia directa. Esa era, en general, una variante infalible, pero quedaba en claro también otra cosa: valerse de dicho recurso era posible únicamente en los casos extremos. Esta vez de nuevo triunfé, con satisfacción regresé al diván, me recosté con placer, colocando la cabeza sobre una almohada roja grande.

Habiendo comido lo suficiente, nosotros en silencio mirábamos la televisión. Como siempre, no había nada de interesante: puro ruido y centelleo de imágenes. Pero cuando pasaban la película “Diecisiete instantes de la primavera” o los partidos de fútbol, entonces Borís gritaba a voz en cuello, pero yo me sentía incómodo, temía y sufría por él. Hoy por el contrario. Todo idílico, ningunas emociones. El sueño nos iba cautivando lentamente a los dos.

Un poco después, Borís se levantó para servirse té en una taza grande. Enseguida me levanté para verificar si él no se hacía un sandwich con queso. ¡Incluso también con fiambre! En realidad se sirvió demasiado té... Será difícil que pueda tomarlo todo sin nada. Pero esta vez me equivoqué. Bueno, peor para él. Con un panecito y algún manjar delicioso encima, sería mucho más sabroso.

Él me asombra. Pues sabe que al té endulzado hay que, sin falta, acompañarlo con pan y queso. Yo vi que el té estaba endulzado. ¡Zas, ahí lo tienes! ¿te imaginas, si él se habría hecho un sandwich?: Bien, imaginémonos. ¿Piensas que me daría la mitad? ¿Crees que daría? ¡De ningún modo! De inmediato lo metería entero en su boca y durante largo tiempo lo estaría masticando y de tanto en tanto lo acompañaría con té. ¡Yo sí que le co-

nozco muy bien! Lo haría para no convidar. Es un mezuquino o simplemente un comilón. Por ahora no lo pude entender. Lo observo y comparo con los otros. Para mi es importante aclarar ese hecho para poder aplicar formas más efectivas de influencia sobre mi familiar mayor.

En general, Borís es un buen muchacho y yo lo aprecio mucho. Me gusta abrazarlo y darle besos. Me agrada cuando él me invita ir con él a pasear en coche. Habitualmente yo me siento a su lado, pero cuando él por algún motivo se baja del coche, yo me siento en su lugar frente al volante. La gente que pasa se sorprende que, siendo tan pequeño, ya sabe manejar... También suele ocurrir que, cuando me despierto, corro la frazada a un costado, abro los ojos y por la ventana, que abarca casi toda la pared, miro las hojas amarillas y anaranjadas de los abedules, sobre el fondo de las coníferas que siempre están verdes...Entonces Borís se me acerca, me acaricia, me tapa con la frazada hasta la cabeza y de nuevo se acuesta a dormir. Yo suspiro profundo, muy profundo. En ese sonido siempre se expresan muchísimas notas de lástima, y Borís de nuevo comienza a acariciarme. ¡Qué felicidad cuando todos estamos en casa! Es que algún día esa felicidad de todas maneras finalizará...

Otra situación más, cuando él se va, yo ansío muchísimo que él retorne lo más pronto posible. En esos casos, lo espero con temor de dejarlo pasar. Me acomodo directamente sobre la hierba y durante horas miro hacia el portón, sin distraer la vista. O me voy enseguida a un canto rodado grande que está cerca de la casa. Cuando me siento intranquilo, siempre voy allá. Suele ocurrir que me recuesto, es cálido y tranquilo. Esa piedra ejerce un efecto benéfico. Desde hace mucho está ahí. ¡Muchos, muchos años! Todavía yo no existía en el mundo. Suele suceder que por largo rato permanezco acostada allí. Entonces oigo que la piedra, como si no me aguantara, muy lento susurra: "No trajina-a-a-s...". Pero si ya se hace

tarde y tengo que ir a dormir, entonces, es lógico, me voy a casa, pero de todos modos, una media hora me quedo parado en la puerta con la cabeza inclinada y espero. Y si de pronto... Es que hay una gran diferencia: dormirse uno solo en el diván en la habitación de la abuela o en una cama grande junto con Borís.

Ayer, para el día de mis cumpleaños, trajeron al miembro de la familia más chico. Es tan pequeño y tan blanquito, con ojitos redondos y oscuros. Idéntico a un conejito. Y corre de manera parecida. Le riño, pues yo soy el principal, sin embargo no se aleja, únicamente da vueltas en torno mío. Aparenta ser inteligente. Debe ser que de entrada se dio cuenta de que yo no le podré alcanzar. ¡Pueda que sea inteligente, pero es maldito! Ya logró quebrar y desgarrar todos mis juguetes que estaban tirados por todas partes en el predio. Sus dientecitos son filosos, le dan comezón, por eso agarra todo lo que está a su alcance, pero lo curioso es que se ingenia asir lo más valioso. El teléfono de Borís ya lo masticó; el mando a distancia del televisor, también; las zapatillas preferidas, recuerdo que siempre le traía, y ese infeliz también...

De entrada le enseñé quién era el dueño en la casa. ¡A Borís no le hace caso! Si él trae algo sabroso, ese animalito ni se acerca, gira el hocico hacia otro lado, como si no viese nada, o como demostrando que no lo necesita. ¡Es lógico, yo estoy cerca! ¡Le quitaré de inmediato! ¡Conmigo no se juega! Otra cosa es cuando yo estoy lejos, acostado, por ejemplo, en el diván con Borís. En ese caso, el guacho se siente en plena libertad. Se lleva lo más rico a algún lugar más distante, cava una fosa en la huerta, pone allí su hallazgo como puede, y después con el hocico cuidadosamente lo tapa, luego retorna como si nada hubiera pasado. Pero, resulta que la nariz está sucia con tierra. ¡Vaya, qué inteligente! Pues, yo veo todo, de inmediato saco mis conclusiones, después observo

y vigilo todos sus movimientos y actitudes posteriores. Aunque “movimientos” y “actitudes”, como decía por televisión un tal Müller, era lo mismo.

Nuestro nuevo amiguito tiene dos particularidades. En esto no me puedo ingeniar cómo influir de alguna manera. En invierno bajo la nieve, seguramente por el olor, encuentra todos mis juguetes que todavía en otoño fueron dejados en el predio. Y además, Borís le dice: “¿Dónde está nuestro patito”? ¡Vaya, pues, “nuestro”! Entonces de inmediato lo encuentra. Incluso puede hallar la “ranita”, muy pequeña, sin embargo igual la encuentra. La saca de debajo de la nieve y corre saltando por el montón de nieve y, lo mas curioso, no se hunde en ella. Yo, no percibo las cosas por el olfato, sino que simplemente recuerdo dónde se encuentran. Y este ¡cómo un cazador!... ¡de lo ajeno! Suele ocurrir, que sale corriendo con mi patito en la boca al caminito hecho en la nieve, y se para muy orgulloso, como insinuando: ¡Miren, vean cómo soy! Orgulloso, inteligente e ingenioso. Le faltaría un quepis en la cabeza y pantaloncitos con tiradores cruzados. Él ni sabe ladrar. Solamente mira en silencio con aspecto del que, se supone, gusta pensar mucho. A veces, cuando Borís barre la nieve o en otoño las hojas, él se desprende de la correa, se tira sobre la pala o rastrillo, chilla, gruñe, maulla como un gato, hace de todo, menos ladra. No se sabe si es porque le gusta ese movimiento de acá para allá, o porque le falta hierro en el organismo, después que logra prenderse del rastrillo, lo lame como desesperado. De lo contrario, puede quedarse sentado frente a la puerta una hora sin lanzar un solo sonido. ¡Incluso en invierno!, ¡Vaya, todo un héroe!

Ahora diré lo principal. La cama en la que duermo con Borís es bastante alta, por ahora sólo puedo subirme en la misma. Pero, lo hago con dificultad y solamente del lado derecho. Sin embargo, este guachito salta primero, se sienta en mi lugar y como si nada pasara. Eso

lo hace no para humillarme. Nada de eso. Lo más probable, es que trata de demostrar un proceso natural del cambio de poder. Yo camino de aquí para allá, le paso a Borís mensajes ultrasónicos, como diciendo que saque del pellejo a ese guachito de mi lugar. ¡Pero, no! Uno ya duerme, el otro se divierte de felicidad. Yo no puedo así, simplemente, de un salto subirme a la cama. Si yo pudiera, y seguro que te darías cuenta, dónde estarías ahora aullando y pidiéndome disculpas.

En breve, después de disfrutar de su grandeza repentina, por si solo, lentamente, a desgano, como haciéndome un gran favor, se pasa por encima de Borís al lado izquierdo de la cama, dejándome libre mi lugar. ¡Bueno, por fin, aunque demuestre ser un maldito en lo particular, pero a escala mayor resulta ser “buena gente”! Esto es lo que alegra, obliga a aguantar sus artimañas, a ir acostumbRANDOME de a poco, y ya así, en general, me parece que empiezo a quererlo.

Yo por fin me subí a la cama, me recosté sobre la frazada en los pies de Borís, por la satisfacción que experimenté, por costumbre, suspiré sonoramente. El pequeño cachorrito sintió timidez, bajó la cabeza y se me acercó para lamerme. “¡Solo eso me faltaba! — pensé yo.— Mejor sería que no te pegues a nosotros cuando con Borís salimos a pasear. Siempre se viene pegado, se viene dando vueltas en torno nuestro. Si sigue así, se le ocurrirá también llegarse a los cisnes. Aunque hasta este momento, por decir la verdad, ni una sola vez se le dió por ladrar a los cisnes...”